

Carta de Argentina

Las elecciones

La brisa anunciadora de cambio a que me refería en mi carta anterior se transformó en viento, que sin llegar a arrasar porque no fue un huracán, barrió la mayoría que el justicialismo había conseguido y revalidaba en cada elección nacional desde hace diez años. La Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación (ATRAJE) obtuvo un triunfo con el diez por ciento de diferencia sobre el justicialismo (46% a 36%) en todo el país, si se computan como propios, lo que no puede ser de otro modo, los votos que los partidos que la componen, Unión Cívica Radical (U.C.R.) y Frente para el País Solidario (FREPASO), obtuvieron por separado en aquellas provincias donde no llegaron a un acuerdo para constituir la Alianza.

Pero sobre todo es muy significativa la victoria de la oposición en distritos que han sido tradicionalmente fieles al peronismo y que resultan claves por el caudal de votantes. No hablo de la Capital Federal, donde la Alianza triunfó por casi cuarenta puntos de diferencia, porque se trata de una jurisdicción persistentemente opositora al menemismo, sino de provincias como Santa Fe, Entre Ríos o Chaco, pero sobre todo de la de Buenos Aires, bastión irreductible del justicialismo, donde se han asentado las grandes victorias de los herederos de Juan Perón.

Las encuestas, que auguraban el triunfo de la Alianza a nivel nacional, diferían en lo relativo a la provincia de Buenos Aires, oscilando entre las que pronosticaban un triunfo por cinco puntos del oficialismo, pasando por las que anunciaban un empate, hasta las que, a la inversa de las primeras, predecían una victoria de la oposición por los mismos cinco puntos. En definitiva la diferencia fue de siete por ciento a favor de la Alianza (49% a 42%), que ni sus miembros más optimistas se atrevían a esperar. Sobre todo teniendo en cuenta el despliegue publicitario que a costa del erario público realizó el gobierno provincial y el programa asistencialista, promotor del clientelismo, que dirige «Chiche» Duhalde, esposa del gobernador y cabeza de la lista de candidatos a diputados nacionales por la provincia.

De los ganadores de ese día, en primer lugar el electorado, que manifestó su rechazo a la política y los métodos del gobierno, el más claro

vencedor individual fue Graciela Fernández Mejjide, primera candidata a diputada por la Alianza en la provincia de Buenos Aires. Su partido la impulsó a la candidatura, no obstante ser senadora por la Capital Federal, como recurso para enfrentar con esperanzas de éxito al aparato oficialista. Ella aceptó el desafío y, a sus sesenta y seis años, «Madre Coraje», como la calificó *Il Corriere della Sera*, madre de desaparecido que jamás utilizó el sacrificio de su hijo como argumento político, obtuvo un triunfo histórico. Dueña de una resistencia física asombrosa para sobrellevar los rigores de la campaña, posee el equilibrio psicológico necesario para afrontar el debate con serenidad y dotar a sus argumentos de una eficacia que arrasa a sus adversarios sin estridencias, pero que, sobre todo, le ha evitado caer en la embriaguez del éxito, mal que padece de antiguo el presidente Menem, y que todos los dirigentes de la Alianza han tratado de conjurar con declaraciones públicas de humildad. Si antes de esta elección Graciela Fernández Mejjide era una postulante bien situada en su partido para las elecciones presidenciales de 1999, hoy es uno de los candidatos con más posibilidades de ser elegido en las primarias de la Alianza.

Dentro del oficialismo, después del inevitable trago amargo de la admisión de la derrota, se abrió un debate en busca de sus causas que terminó encontrando responsables personales. Algunos señalan a los valedores del programa económico, continuadores ideológicos del ex ministro Domingo Cavallo, y reclaman una «reperonización» de la política, o sea la vuelta a las medidas de distribución paternalista que dieron sus éxitos al general Perón. Otros acusan no sólo a la insensibilidad social sino a la corrupción y falta de justicia en todos los órdenes que acompañan a la gestión del gobierno. El presidente y su búnker se cerraron sobre sí mismos rechazando toda crítica y atribuyendo la responsabilidad del fracaso a los dirigentes faltos de celo en la defensa de los éxitos del «modelo», como se conoce por estas playas al programa económico neoliberal y de convertibilidad. Carlos Menem, con la ceguera propia de la soberbia que los dioses emplean para perder a los hombres, se empeñó en ponerse al frente de la campaña electoral no obstante la oposición de muchos «barones» del partido que lo alertaban del mal momento de aceptación popular que sufría. Una vez consumada la derrota se ha negado a admitir su responsabilidad con el argumento pueril de que él no había sido candidato. Lo expresó incluso en términos futboleros cuando dijo de sí mismo que «este presidente no ha perdido el invicto». Sus correligionarios críticos lo calificaron de «autista». Otros, ajenos a su partido y menos complacientes, compararon su discurso y su edad mental con los de Maradona, es decir algo así como los de un niño de diez años.

El país no terminaba de metabolizar el resultado de las elecciones cuando recibió en su mesa el plato indigesto del derrumbamiento de las bolsas mundiales, empezando por la de Hong Kong y terminando por las de Latinoamérica, en particular la de Brasil, su socio principal en el acuerdo comercial conocido como Mercosur, que también integran Paraguay y Uruguay. Este terremoto financiero tiene dentro de nuestras fronteras una significación muy especial por dos motivos. El primero se refiere a Hong Kong, que es la única región importante en el mundo que aplica, como Argentina, un régimen monetario de convertibilidad al dólar. En segundo, tiene que ver con Brasil que, además de ser la potencia regional, es el principal cliente de nuestro país.

Se teme que la componente psicológica de la crisis termine desatando un ataque de las fantasmales fuerzas financieras del orbe contra el peso, en forma directa o indirecta a través del real brasileño, vistas las serias deficiencias estructurales de la economía argentina, que padece un fuerte déficit presupuestario y de balanza comercial, y tiene una moneda considerablemente sobrevaluada, que la convierten en un objetivo particularmente vulnerable. Aun sin que la situación se agrave más, la crisis financiera brasileña tendrá consecuencias serias para la Argentina, pues ya hoy se habla de un recorte de por lo menos cuatro o cinco puntos en el crecimiento del producto bruto para el año que viene, que apenas una semana atrás se estimaba en el 7 u 8%. Pero si el real brasileño no resistiera la presión y fuera devaluado ocurriría el desastre. El peso argentino sufriría el contagio y se enfrentaría a una crisis internacional de confianza, lo que reduciría muy considerablemente el flujo y aumentaría el coste de los capitales que el país necesita para enjugar su déficit y para crecer. Caerían las exportaciones a Brasil encarecidas por la devaluación del real y aumentaría la llegada de productos brasileños, abaratados por la misma razón. El déficit creciente de la balanza comercial obligaría a reducir las importaciones y la falta de financiación externa llevaría al aumento de impuestos, normalmente los que gravan el consumo, los de más fácil y rápida recaudación y también los más regresivos, para enjugar el déficit, así como al recorte del gasto público con el mismo fin y al aumento de las tasas de interés (Brasil las duplicó) para atraer a los capitales financieros, lo que como efecto secundario inevitable reduciría la inversión productiva y encarecería la financiación de las empresas. La caída de actividad provocada por estas medidas haría precipitarse al país por la espiral de la recesión, puesto que la menor actividad reduce la distribución de ingresos entre la población y la recaudación impositiva, y así sucesivamente. Ya el ministro de Economía anunció que en ningún caso se devaluaría el peso sino que por el contrario se apelaría a la medida clásica de aumentar las tasas de interés y, de ser necesario, se

rebajarían los salarios, como ya se hizo con ocasión del «efecto tequila». Hay que tener en cuenta que para Argentina ésta es una situación particularmente traumática, pues no se produce tras un largo período de bonanza sino al cabo de menos de un año de que haya emergido, según los indicadores macroeconómicos, de la profunda recesión producida por el «tequila», aunque del crecimiento que señalaban aquellos índices poco haya llegado hasta hoy a las clases media y baja.

De modo que está claro quiénes serán los principales pagadores de esta nueva crisis. Los economistas neoliberales enuncian con soberbia los mandamientos de la ciencia económica y del mercado, que según ellos están por encima de la voluntad humana, la «ley de gravedad» los llaman. Cuando sus profecías son desmentidas por la realidad no alteran el gesto para explicar cuáles serán las consecuencias: recesión, menos ingresos para los pobres, menos trabajo y precarización del que quede, aunque son incapaces de explicar las causas de las crisis que tampoco supieron prever. Por el mercado global circulan muchos rumores acerca de ellas: sobrevaluación de los papeles es uno de los más sólidos; maniobra especulativa para hacer diferencias, arriesgan los que cuidan menos su lenguaje; tal vez se trate de «capitales que estaban fuera del mercado oficial» y que para entrar y hacerlo a bajo precio organizaron el derrumbe, me confió la decorativa asesora bursátil de la filial argentina de uno de los más importantes bancos europeos, con un gesto, una mirada y un tono de voz cargados de un erotismo que me habría hecho concebir ilusiones de no haber sabido que era sólo financiero.

Más allá de las causas ocasionales, las crisis son consecuencia de la actitud de dejación de responsabilidades por parte de los gobiernos, que han entregado la conducción económica del globo a los grandes consorcios financieros a los que no les importa llevar al mundo a un caos con tal de aumentar sus beneficios. No es la izquierda ni los verdes quienes lo dicen sino el mismísimo magnate George Soros. Si no se quiere que el capital especulativo siga destruyendo con un simple «clic» en la pantalla de sus ordenadores la economía productiva de la que viven los seres humanos de carne y hueso, habrá que reducir su vulnerabilidad a los caprichos del dinero planteándose en forma responsable el restablecimiento de medidas que controlen los flujos financieros internacionales.

En estos tiempos en que el alma se vende a bajo precio en cada esquina, la política y la economía roban el espacio. No obstante, colaré en los renglones postreros de esta carta una noticia que atañe a los que viven en el territorio irreal de los sueños y todavía osan dedicar su tiempo no a la compraventa de acciones sino a leer y escribir. En fechas recientes fue presentado el último libro de Héctor Tizón, *La mujer de Strasser*, novela en la que se cuenta la historia de la construcción de un puente en un

lugar remoto e impreciso de la Argentina, probablemente entre la selva y la puna de la provincia de Jujuy, limítrofe de Bolivia y Chile, donde nació y vive el escritor. Con su característica prosa seca y eficaz, de una estética despojada, Tizón usa la excusa del puente, que adquiere un carácter simbólico, para poner al desnudo la desesperación del alma de una mujer y unos hombres cercanos a los desterrados de Horacio Quiroga y como éstos perdidos en el desconcierto del viaje sin regreso. Tizón, autor de ocho novelas y cinco libros de relatos, unánimemente elogiado por la crítica, habitante de Madrid en tiempos de la dictadura militar argentina, ha sido galardonado recientemente con el premio de la Academia Nacional de las Letras y el que otorga a consagrados la Secretaría de Cultura de la Nación.

Jorge Andrade



Mark Tobey: *Boceto en tinta* (1941)